



## LA CARIDAD ROMANA.

Este asunto tan conocido de todos, es indudablemente uno de los que mas se prestan á las inspiraciones del artista, y sin embargo, al paso que ha sido tratado muchas veces en pintura no lo habia sido en escultura, hasta que nuestro compatriota D. Antonio Solá, autor de la estatua de Cervantes que se halla en la plaza de las Cortes, presidente que ha sido de la Academia pontificia de nobles artes de San Lucas de Roma, ha modelado el grupo que representa fielmente nuestra lámina y del cual han hecho grandes elogios los inteligentes por el partido que ha sabido sacar, agrupando, con arte y naturalidad al mismo tiempo, las figuras de la hija y del padre, colocándolas en

actitudes naturales y sencillas y dando á la composicion muy bello efecto. La figura de la jóven que alimenta con su pecho al padre cautivo, está llena de expresion y de gracia y la del anciano que merced á aquel socorro prolonga su existencia condenada á terminar por el hambre, es del mejor estilo.

Al presentar á nuestros lectores un traslado de la apreciable obra del Sr. Solá, no podemos menos de consignar nuestros deseos de que sea ejecutada en mármol; añadiendo este trabajo á las muestras que han dado ya crédito, al autor que con tanta verdad y perfeccion nos hizo ver la imagen del autor inmortal que escribió el *Quijote*.

## EL SUSPIRO DE UN ANGEL.

CUENTO.

Conjunto singular de feudalismo y democracia, existen, entre la honrada gente que puebla el reino antiguo de Galicia, costumbres todavía impregnadas de ese espíritu de patriarcal unión que constituye la dulzura de la familia, al mismo tiempo que reinan allí ideas consoladoras de independencia y propiedad que forman el bienestar de la clase humilde y libre que en otras partes es arrogante y esclava. Los góticos castillos, signo de pasada grandezza, permanecen todavía en pie, y, lo que es mas, habitan los caballeros de ilustre alcurnia, ramas del frondoso árbol cuya cima se pierde en la oscuridad de los remotos tiempos, sin que el vandalismo del siglo haya dejado de respetar ni una hora aquellos macizos torreones, aquellas ferradas poternas y los pesados puentes levadizos. Ladrán los lebreles en los patios, crecen en las grietas de los murellones vistosas y melélicas enredaderas, cuelgan retratos de adusto semblante en las destierros cámaras y, en lo mas escondido y majestuoso, vive el heredero de un apellido sin mancha, entregado al estudio de la heráldica, gozándose en su aislamiento y llorando los tiempos que ya no volverán, cuando los membrados brazos de un caballero gallego bastaron para alzar del suelo y separar y arrojar lejos al rey D. Pedro y á su bastardo hermano.

El castillo de Maceda, situado en la cresta de una ondulacion de las infinitas que amenizan el fragoso terreno de la provincia de Orense, es uno de esos monumentos vetustos que deben servir de estudio al artista y al filósofo, leyendo aquel el secreto de una muerta civilizacion en aquellas páginas de piedra, y este midiendo el influjo que tienen las costumbres en la accion individual é intima, al contemplar el respeto que profesan sus moradores á la tradicion santa de que transmiten pura á los venideros la imagen.

Cuando ya era niño, y Dios sabe si aquellos dias me parecen ya distantes, vivia allí D. Jacobo de Andrade, varon tan nombrado en la comarca por su benéfico corazon como por su infantil ignorancia. Contaba á la sazón sesenta años de una vida de candor que casi fuera inútil para el mundo si no le hubiese el cielo dado una hermosa hija, Blanca de nombre y purísima de corazon en la edad de diez y seis años á que habia llegado ya. El hidalgo habia nacido en el castillo y de él no habria salido ciertamente para calentarse á hogar ajeno, si, desde las almenas de su mansion, no hubiera cierto día escuchado el estampido del cañon, y visto el galopar de los corceles y el tremolar de banderas castrógeras á que sus ojos no estaban acostumbrados. Preguntando entonces la causa de tales novedades supo que un guerrero famoso de allende el Pirineo, no escarmentado con la leccion de Roncesvalles, habia invadido el territorio español con propósito de destronar al sucesor de una séria interminable de monarcas, y como recordase los altos hechos de sus mayores, empuñó el acero, y, al frente de su regimiento provincial, corrió al contrario, sobre quien caía cual leon, cada vez que alcanzarlo podia.

Concluida la guerra, volvió á su castillo, donde habió de menos á su conaiguera amada y de mas á una hermosa niña, fruto del mas puro, del mas tierno, del mas acendrado amor conyugal. El único trofeo con que volvió á su casa fué una ancha herida mal cicatrizada que le imponia deberes de quietud que no desdecian de su carácter sossegado. En la educacion de su dulcísima Blanca y en la disimulacion de sus males empleó diez y seis años de su vida, hasta que, viendo cual habian conseguido sus afanes infundir pensamientos nobles en aquel corazon formado por mano de ángeles, y recreándose en la contemplacion de aquel rostro suave y sobrosado, de aquel pendiente y abundante cabello de ébano, de aquellos ojos azules, habia casi olvidado sus libros de caballeria. O no

leia en ellos mas que la parte en que se pintó el culto prodigado por los paladines á las señoras de su pensamiento. Era curioso y santo ver cómo, á la tarde, cuando el sol se ocultaba trás del monte vealno, por entre colgaduras de oro y gualda, sentados bajo la copa de una añosa encina, el anciano narra y la joven escuchaba alguna portentosa historia de las muchas que, al través del prisma engañoso de sus libros fabulosos, habia visto aquel en los campos de la gloria. Despues, satisfechos uno de otro, bajaban ambos al valle, visitaban á los labradores menesterosos, y, dejando en la choza de cada cual la santa limosna y los consuelos que inspira la caridad cristiana, regresaban dulce y sossegadamente al castillo. Allí, sobre el mantel mas blanco que el siapo mismo de la nieve, hallaban servida ya, en sazonado condimento, la cazoria de aves y pájeros que los mancebos de la comarca ó los criados de D. Jacobo ofrecian con respeto á su señor. Tras de un sentido ay! que Blanca lanzaba, al ver el triste fin de aquellas inocentes aladas victimas y de una chanza cariñosa de Andrade, llevaban ambos su cansado cuerpo al muelle lecho, cuyo finísimo lino habian hilado y tejido los delicados dedos de la hacendosa muchacha.

Así, pues, deslizábanse los dias tan pausada y sossegadamente que apenas si el conjunto de todos parecia otra cosa mas que uno solo, y Blanca, á la edad de diez y seis años, hubiera ignorado que iba entrando en la juventud, si la pasmosa facilidad que tenia para aprender cuanto sus maestros le enseñaban, no le hubiese descubierto que la infancia iba huyendo y la reflexion despertándose en su espíritu elevado. Ya empezaba á desear penetrar en el arcano de los sucesos, y, con inconexas preguntas, abrumaba la razon clara pero limitada de su padre. Por fortuna, desde niña, mostró una aficion desmedida á la pintura y la suma facilidad con que manejaba los pinceles la alentaba á emplear no pocas horas del dia en tan grato y ameno entretenimiento. Mas, como su imaginacion no tenia espacio bastante por volar fuera de sí, llevaba su audacia al corazon y allí posaba las alas de su entusiasmo. Nació de esto cierta vaguedad que la alejaba del poco trato que hasta entonces habia gozado, y errante por los jardines y huertas que pertenecian al paterno mayorazgo, solia pasar horas indefinidas é incontadas en contar los pétalos de una flor ó en desgajar ramas de la simbólica hiedra, para tejer guirnaldas, póstimas en su desnuda sencillez.

Cierta dia de un caluroso estío, el sol apenas iluminaba aun con sus tibios rayos la cresta de los montes, cuando Blanca, por disfrutar del ambiente matutino, salió á recorrer el jardin, mezclando el concierto de su voz suave al de los pájaros cantores que, perdidos entre las ramas de los árboles, formaban un concierto deleitoso. Así recorrió una y otra alameda y llegó á las bardas que separaban la huerta de un soto nombrado por su frondosidad y estension. A bastante lejana distancia escucháronse entonces pasos de caballos que, trotando velozmente, se acercaban mas y mas al castillo. Blanca, cuyo espíritu no cansado con el bullicio de la sociedad estaba siempre atento, percibió el ruido y se detuvo silenciosa. Poco á poco notóse ya mas cercano y tanto el trotar, que los corceles hubieron de acortar el paso, cada vez mas y mas, hasta tanto que, por último, se pararon del todo. Oyóse rumor de voces, relinchos de caballos, y, al breve rato, choque de platos y el borbotar de algun líquido.

La retirada gallega era curiosa por ser muger y por vivir encerrada entre aquellas murallas; doble causa que excitó su deseo de saber quienes fuesen los cabalgadores que, á hora tan temprana, así cruzaban el soto y se detenian á tomar un refrigerio, cual rara vez lo habria la luz del alba iluminado. Acercándose á las tapias con sus delicadas, si bien fuertes, manos, el tronco maltratado de un roble encorvado, pudo subirse y ponerse al nivel de la cerca, y allí, sin asomarse mas que lo estrictamente preciso, logró satisfacer del todo su curiosidad. Mas ¿qué vieron sus ojos? Un jóven como de quince años, sin barba aun,

con ojos penetrantes negros y cabellera lacia, en cuyos labios se pintaba la energía, y cuya femenina mano empuñaba un vaso de vino tostado, estaba sentado sobre el musgo, en feno que tres, al parecer criadas, de formas toscas, suavizadas por el respeto y el trato, permanecían en pie, sirviéndole con atenta fineza y sumisión y procurando leer en su rostro sus más ocultos deseos. El joven desconocido vestía una levita azul abrochada hasta arriba y cubría su hermosa cabeza una gorra igual á las que usan los jóvenes que empiezan á servir en la marina militar. Una resolución llena de dulzura resplandecía en su frente serena y no parecía sino que acababa de apresar con su bote un jabeque berberisco, y que estaba reclamando ante su jefe un sable de honor. Al mismo tiempo, no había en su rostro nada de esa instantaneidad que caracteriza al niño, sino la firmeza de un corazón, al mismo tiempo que tierno, vigoroso y esforzado. Comió con tranquilidad y apetito, no cual era de esperar de aquella hora, sino como quien ha hecho una larga jornada y necesita restaurar las fuerzas abatidas. Después de lo cual, con el mismo aire marcial se apartó algo, dando un paseo por entre los robles, interin sus criados comían descansadamente los abundantes restos de su festín. En seguida, montó á caballo de un solo brinco y se lanzó á galope, dando no poco trabajo á sus servidores que debían alcanzarlo.

A todo estuvo atenta Blanca sin ser vista, y cuando la mímica escena terminó, quedóse embebida en la contemplación de aquellos lugares, como si allí acabase de suceder uno de esos graves acontecimientos que tienen un influjo directo en la felicidad de alguñ ser. Mas tiempo permaneció allí del que razonablemente era de presumir, y, al retirarse á su cuarto, sus ojos húmedos y decidos buscaban la tierra, sus dedos palpaban las flores sin sentir las y su incierto andar anunciaba interno desasosiego. Aquel día, prestando una ligera indisposición que pedía descanso, permaneció retirada y sola, mas no inactiva, antes bien, empezando á pintar un nuevo lienzo, no soltó los pinceles de la mano hasta que la venció el cansancio, ó tal vez para tranquilizar á su buen padre que recelaba siempre alguna enfermedad, único mal que tenía por posible. Así se pasaron varios días, durante los cuales la tierna Blanca, sostenida por una interna agitación, trabajaba mas de lo que solía, aun cuando se negaba tenazmente á enseñar su cuadro, dando por disculpa que era un producto de su fantasía y que debía adolecer de grandes defectos artísticos.

Mas, pasados aquellos momentos de excitación, una tristeza cada vez mas profunda se apoderó del ánimo de la jóven, y los hellos colores que tenían su rostro casi infantil fueron poco á poco desapareciendo, empezando las dolencias de cabeza, la falta de apetencia y demas molestias que suelen ser indicio de una enfermedad moral y que turbaban aquella dulce tranquilidad en que hasta entonces había vivido. Nadie podia adivinar la causa de aquel cambio, y D. Jacobo de Andrade se afanaba por hallar un medio de estripar aquellos síntomas que alarmaban su corazón de padre, para lo cual consultó á todos los médicos de las cercanías y á cuantas curanderas se afanaron en acudir al castillo con sus remedios caseros. Blanca, empero, ni se quejaba, ni conocía siquiera su mal, teniendo por cosa muy sencilla aquella debilidad y casi estenuación que la aquejaba. El aire libre del campo, á que desde su primer infancia estaba acostumbrada, no parecía sino que aumentaba su malestar, y, solo, cuando pasaba horas enteras retirada en su cuarto, recobraban sus mejillas el color y volvian á sus labios los signos radiantes de la vida juvenil. Pero, nunca salía de aquel retiro de que con tanto delicia disfrutaba, sin que se hinchasen sus párpados y se notaran en su rostro las huellas profundas de las lágrimas. Semejante contraste entre las mejillas y los ojos formaba inesplicable fenómeno, que á todos agitaba, menos á la inocente criatura que se admiraba del asombro que iba excitando en cuantos la veían.

Así pasaron varios meses sin que menguasen los síntomas del mal; las interminables noches de invierno llegaron y el laqueto D. Jacobo revolvia en su pensamiento las ideas de su escasa ciencia á fin de aliviar á la hija amada que tan sin aparente causa se iba desmejorando y entristeciendo. Ya agotados todos los recursos que le inspiró el consejo, pensó que le convendría quizá, ya que la primavera hacía de nuevo retoñar las flores y que la naturaleza, tras tantos meses de luto, se cubría con su verde y fresco manto, llevar á Blanca á las romerías que en torno de las ermitas vecinas se celebraban, donde los sonidos alegres de la gaita provincial, el olor de las espadañas tendidas y el rumor del festivo baile esparcieran el ánimo de la jóven, dando á su corazón sosiego y solaz á su espíritu. Prodigios, en efecto, se cuentan de los milagros que estas funciones campestres y populares han producido siempre en la salud de las jóvenes melancólicas y aquejadas de un mal oculto en el corazón; mas, aquella vez, la vulgar creencia se vió burlada, y siguieron los síntomas de dolencia que tan pálida y macilenta tenían á la jóven que un año antes era dechado de robustez y hermosura. Sin placer acudia al sitio del regocijo y sin tenacidad se resistía á ir á él, siéndole igual el punto donde se hallase, á no ser que fuera el retiro de su cuarto á que había conservado singular afección.

Un día, por ser el santo tutelador de la villa de Junquera, celebrábase una concurrida romería en las márgenes poéticas del río Ambia, cuyas claras transparentes aguas se deslizan suavemente bajo una copa de olorosos arbustos. De las inmediatas poblaciones y quintas acudió no poca gente á la función, quien por orar en la ermita del santo, quien por comer sabrosamente con sus amados la rica y caliente empanada sobre el musgo, quien por bailar al son de la gaita melancólica, quien, en suma, por disfrutar de todos estos placeres á la vez. No quiso Andrade, cuyo amor á su hija crecía con el mal interno de esta, desperdiciar fiesta tan concurrida, en que tal vez Blanca hallase mas distracción que en otras análogas ocasiones, y, adeemas, conservando pura en el corazón la fé, esperaba que acaso la intercesión de aquel santo alcanzase la salud, que era el único bien que le faltaba para volver á ser tan dichoso como siempre había sido y cual nadie podria serlo mas en la vida. Blanca se prestó con su incrédula y melancólica sonrisa á este nuevo experimento, y, al ser de día, para que no se notase su morosidad, estaba lista con su blanquísimo traje que daba á su palidez cierto aire fantástico y caprichoso lleno de encanto y poesía. Los criados prestaron abundantes manjares, y seguidos de ellos y de otros cargados de cirios labrados que llevaban para ofrecer en la ermita, se encaminaron á Junquera de Ambia, cuyas saludables aguas son tan nombradas en aquellas comarcas. Cabalgaba Blanca en una linda hacanea que adornaban jamas de terciopelo carmesí con clavos de plata y una rica gualdrapa en que estaban bordadas las armas de la ilustre familia de Andrade. D. Jacobo, á su lado, montaba un fogoso alazan cuya abundante y suelta crin se mecía en raudos y destagat movimiento.

La concurrencia fué numerosa, y, después de cumplir con los deberes del culto, era de ver el cuadro poético que ofrecía la pradera. El baile por un lado y por otro el olor de succulentos manjares servidos sobre el césped entretenían agradablemente á cuantos allí se hallaban, mezclando uno y otro recreo con la alegre risa y sazonada chanza. El bidalgo de Maceda y su hija empezaron su festín con mas sosiego, pero sin tristeza, pues Blanca se hallaba aquel día mas animada que de costumbre y como presagiando algun acontecimiento que la sacase de la especie de letargo en que, durante tanto tiempo, había vivido. De repente, al volver á un lado la cabeza, se quedó aborrita, euagenada, y lanzó un ay! de sorpresa, imperceptible para todos, menos para su padre que, con tan solícito amor, seguía sus menores movimientos. Habíase quedado suspensa al reparar en una alegre y fresca jóven que, cercana á ella, y acompañada de su familia, observaba el baile y trinchaba una ave

bien cebada. Después de un momento de contemplación que parecía de érrabamiento, una animación desusada se pintó en su rostro y una sonrisa de amor y confianza refozó por sus labios, ya otra vez rojos de juventud y júbilo. No acertaba D. Jacobo á explicar aquel cambio, y mas cuando su hija le preguntó si conocía aquella familia vecina. Conocióla, sí, aunque no á la jóven que tanta impresion habia causado en el ánimo de Blanca. Su cabeza era una señora mayor, llamada Doña Catalina de Saravia, muy respetada, por su amor á los pobres, por su trato lleno de dulzura y por ser el amparo de cuantos á ella acudían; sin duda, las personas que la rodeaban pertenecian á su familia. Manifestó Blanca deseos de entrar en conversacion con aquellas personas, especialmente con la jóven que podía ser, con diferencia escasa, de su misma edad, y Andrade, para quien era un motivo de júbilo el tener esta ocasión de satisfacer tan inocente capricho, se apresuró á complacerla.

Al poco rato las dos familias merendaban reunidas y Blanca se hallaba en alegre y festiva conversacion con Luisa de Figueras, que era la jóven cuyo rostro no cesaba de contemplar. Supo, en breve, de esta que era sobrina de la señora de Saravia y que, desde el año anterior, vivia con ella en su casa de Alariz. Al cabo de una hora eran las dos doncellas ya íntimas amigas, y cuando llegó la de separarse, no pudieron verificarlo sin ofrecerse que se verian con frecuencia. Andrade instó mucho á Doña Catalina á que fuera con su sobrina á pasar algunos dias al castillo de Maceda, y á tanta fineza y á los ruegos de Luisa y al deseo de conocer aquel nombrado alberque no pudo resistir la complaciente tia; por lo cual quedó concertado que, en la entrante semana, se verificaria la visita.

Eternos parecieron á Blanca los dias que faltaron; pero, ya no le causaba tedio ni dolor quanto la cercaba, sino antes bien hablaba del porvenir con cierta esperanza de felicidad que alegraba el corazón del padre. Formaba risueños planes para las próximas romerías, en las cuales siempre tenia una parte muy activa su nueva amiga, D. Jacobo, á quien tambien habian prendado las gracias de Luisa y que abrigaba cierta secreta esperanza de que la alegría de esta templosa la melancolía de Blanca, acopia con júbilo semejantes proyectos y veia en ella un ángel bajado á la tierra para reconciliar con la vida á otro ángel, mas lleno de idealismo.

El plazo fatal terminó y los huéspedes llegaron. El cuarto de Luisa lo habia arreglado su amiga cercano al suyo con un cariño de hermana, y, desde la primer hora, ambas fueron á visitar juntas las estensas galerías, tratándose ya con una intimidad estrechada. Sin embargo, habia una cosa que deseaba Blanca saber y no se atrevia á preguntarla. De mil modos empezó conversaciones de familia hasta que su amiga pudo decirle naturalmente que tenia dos hermanos, el uno mucho mayor que ella, y el otro un año menor. Al escuchar esta revelacion, hubiera querido Blanca estar sola para dar rienda suelta á su emocion profundísima; pero, tratando de comprimirla, hizo mil preguntas encaminadas las mas á indagar algunas particularidades relativas á aquel hermano tan jóven. De su figura nada le dijo Luisa ni parecia bien preguntarlo; pero, de su carácter hizo tantos elogios su hermana que, al decir de ella, no habia de tener Galicia marido que mas feliz hiciera á su muger.

—«Tú misma, le dijo un dia, podrás juzgar por tus ojos en breve, porque vá á venir á haceros una visita, desde el Ferrol.

—«¿Desde el Ferrol?... Luego es....

—«Marino.»

—«Dios mío!

Y Blanca pudo respirar apenas de gozo al escuchar esta última palabra.

No tardó mucho en percibirse el eco de las tejidos pasos de un corcel impetuoso que al castillo se encaminaba. Desde las almenas se divisó que en él cabalgaba un jóven marino con la gorra que adornaba una ancla de oro. Las dos amigas bajaron presurosas la soberbia escalera del castillo y no es fácil de-

cir cual de sus corazones latió con mas ímpetu... voló el corcel, saltando quanto estorbo se oponia á su paso, y el jóven marino, lanzándose á tierra, estrechó tiernamente á su hermana á quien profesaba un cariño sin límites. En seguida saludó cortesmente á Blanca.

No es posible imaginar el efecto que produjo semejante saludo en la jóven. El sonrosado de sus labios desapareció rápidamente, sus mejillas recobraron su pasada palidez y un velo de muerte cubrió sus ojos. Hubo de sostenerla su amiga, y aun de llevarla á su cuarto á fin de que descansase. A las preguntas que esta le hacia, sólo pudo conseguir una exclamacion melancólica y angustiosa: «No se parece á tí» y vendida por el dolor, cayó en su lecho, sepultura de sus ilusiones.

En aquella misma noche se apoderó de ella el delirio y una calentura violentísima; Luisa y su padre no se apartaban de su lado. Solo, de vez en cuando, pretestando que apetecía descanso, cerraba las cortinas de la cama y se negaba á toda conversacion; mas, entonces se oian sollozos ahogados y se percibía que se incorporaba. En el testero inferior habia colgado un cuadro que cubria un delgado velo, el cual jamás habia visto nadie. Suponíase que sería alguna imagen de su adoracion y hasta su padre respetaba aquel inocente misterio.

La enfermedad aumentaba de dia en dia, y los médicos empezaban á salir del cuarto de Blanca con aire pensativo y de afliccion. Contestaban distraídos á las preguntas que se les hacian y hablábanse al oído con breves y cortadas palabras. Todo respiraba ya luto y dolor en el castillo de Maceda.

Una noche, á las altas horas, ya, lucia una lámpara suspensa del artesonado, y, al pie del lecho, veíase Luisa sola, interin Andrade habia ido de nuevo á consultar al médico en quien mas confianza tenia. Blanca parecia mas tranquila, y, estrechando entre sus manos las de su afectuosa amiga, le rogaba que, después de su muerte, conservase de ella un dulce recuerdo.

—«Oh! no, tú no morirás, tu juventud vencerá esa enfermedad, decía Luisa, y cuando hayas recobrado la salud, juntas recorreremos el soto y los jardines, y te contaré entonces, oh! mi amiga, los recuerdos que estos sitios despiertan en mí.

—«¿Antes de ahora has estado en Maceda? Tu voz es tan dulce, oh! Luisa; refiéreme los sucesos todos de tu vida... tus inocentes amores... todo... Ya sé que está prometida tu mano á un gallardo jóven.

—«No me uniré á él hasta que estés restablecida. Pronto será, ¿Dios mío! ¿quién me lo habia de decir el dia aquel en que, al pie mismo de este castillo, hice por él tan gran sacrificio?

—«¿Tú! ¡sacrificio! exclamó Blanca con desusada animacion... «Por Dios habla.»

—«Fué el año pasado. Vivía yo en casa de mi hermano mayor que trabajaba por ahogar en mi pecho una passion noble que ha de morir conmigo. Mi amado estaba ausente, y, viéndome sola, por susstraerme á una tutela tan odiosa, me vestí de hombre, y, acompañada de tres criados fieles, viajé toda una noche y una mañana después, y me refugié en casa de mi noble tia, que me dió amparo y protege mis amores inocentes.

—«Mas... hablaste de este castillo.

—«Trás una noche de golpear, rayó el dia cuando llegamos á las bardas de tu jardín... Recreándonos en contemplar los torreones del castillo, me sirvieron de comer mis criados en el soto al pie de un roble que podré distinguir entre los otros... Te lo enseñaré Blanca.

—«Y aquel dia preguntó la enferma con voz convulsa, incorporándose en la cama, ¿cubria tu cabeza una gorra de marino?

—«La de mi hermano.»

Blanca hizo ademán de tender la mano al velo que cubria el cuadro objeto de su adoracion, lanzó un suspiro y cayó como herida del rayo.

En aquel momento entró D. Jacobo de Andrade. El y la jóven descubrieron el cuadro, y con asombro

vieron que representaba la hermosa figura de Luisa vestida de hombre con la fatal gorra en la mano. Ambos se precipitaron á prodigar sus caricias á Blanca... Es no existia! solo pudieron abrazar los despojos mortales de un cuerpo en que se había anidado el alma de un ángel.

JACINTO DE SALAS Y QUIBOGA.



### LA ANDALUZA Y LA MANOLA.

Ni el mas desbocado dijera que vivimos en tierras de España, si era hombre dado á tratar con gente de circunstancias y sabido en nuestros usos de añoño. Entre los que arrastran carroza y se calzan las manos con baldés color de canario, el hablar y escribir es á lo gabacho; de la ropa y menesteres de casa no digamos un punto, porque nombres tienen que no los conoce, ni la madre que los parió. Danzas y cantares son de Germania y Polonia, ó de la tierra de las bulas y de los macarrones; mas para mejora y contentamiento, la funcion preferida por los mas finos y aseñoriados es una pantomima de tontas, ó el oler y saborear los placeres de una cuadra con luminarias, que por ser redonda llaman *circa*.

Pero Dios ha dispuesto que sean pocos siempre los bien entonados de estos señores, y á sus pies bulle y se estiende, como laborioso enjambre, la fiera gente que guarda en su modo sentimiento y manera la buena laya de españoles netos por todos cuatro costados. Si no lo suelen decir en congresos y papeles, con sus acciones, porte y modo lo demuestran, justo será por tanto que á estudiar su índole dediquemos el ingenio.—Así tal vez se entenderá mejor la historia escéntrica de este sol de los soles que llaman España; y que al fin la *genticilla*, como dicen los *usias*, son *mas* y suelen llevar razones en sus razones, tratos y contratos.

Hoy doblemente sabrosa es la tarea nuestra, porque dejando á un lado lo sério del género humano, nos vamos á entrometer en el carácter y figura de lo mas alegre y dulce que en el mundillo se cria; vamos á pintar las mugeres que derraman su majencia y

hermosura en las riberas del Manzanares y en los alcórcos y horchuras del Andalucía.

Atencion pues: allá van las diferencias y semejanzas, creces y menguas que hay entre las legítimas hijas del Lavapies, de la Paloma, de Maravillas, del Barquillo y demás lugares que, para tales gentes, la ronda madrileña encierra y las trigueñas mozas que vieron la luz en Triana y la lucida Macarena, en la Calzada, la Alameda, puertitas de san Juan y de la Carné, la Costanilla, la Feria, los Humeros y el Baratillo, de Sevilla, las que tomaron viento de mar y dejó americano en la Viña, Santa María, Mirandilla y Campo del Valon, de Cádiz; las ojinegras de San Lorenzo y Santa Marina, de Córdoba; las tapadas de entrambas plazas, de Algeciras; las zandungueras de la Trinidad, Mundo nuevo y percheles, de Málaga; las moriscas hembras de la Antequeruela, del Albaicín, San Lázaro, Rondilla y rincón de vagos, de Granada; las del Castillo, de Jaén y otras de otros barrios y apartamientos de por allá, que no relato porque sabidos son de la buena compañía y de los garbosos entre los de garbo.

Si hemos de empezar nuestro paralelo á lo retórico, entremos por el espíritu y sus cualidades que estas se verán despues reflejadas en los incitativos cuerpillos de la andaluza y la manola, en las cosas tangibles de afuera.

Desde luego la manola se distingue por su fiera y libertad en andares y decires, mientras que la andaluza destila toda miel rosada y voluptuosidad aérea, con sus puntas y collar de afectacion ó hipocresia. La una es franca, resuelta, oro puro sin labrar: la otra tímida, recelosa con visos de niña mimada, falsa como el semilar.—Ambas son pintorescas en el estilo de la conversacion, decidoras de chistes, prontas y fáciles en la epigramática réplica; pero la manola es punzante, desgarrada, fanfarrona y muy dada á revolver con las manos cuestiones que trabaron las palabras; la andaluza gusta de buscar lo ridículo de su antagonista, de acosarla con su palabreria inagotable y sus graciosas muletillas y retruécanos: la primera es como los huracanes que silvan y bramando lo destrozan todo; la segunda á la manera de los aires solanos que sin mover las cañas de trigo quemán las espigas y secan las yerbas de las riberitas de los rios.

Por lo franca y ostentosa gusta la hija buena y de padres oriados en el Lavapies y en Maravillas de las giras de campo de los toros de buena casta, sin importársele un bledo del día de mañana, ni aspirar á entonarse con sus bien ó mal ganados pesos. La que nació bajo el caliente sol de Andalucía cede al estímulo de la juventud y se engalana y baila con delirio; mas pretende acercarse á los señores y pugna y se empeña en saltar la barrera que de la gente acudalada le separa. Por esto recibe con gusto obsequios de los usias.—La manola les desprecia: testigo de sus miserias les tiene en poco á pesar de sus oropeles, sabiendo su debilidad los escarnece y si alguna vez cede subyugada por el amor, que todas las clases iguala, se encuentra como humillada, cuando por reina se tiene en siendo igual á su amante.

Y pues de amores hablamos, hénos aquí en el punto en que mas se diferencian nuestras dos heroínas.—La manola es desinteresada: las mas veces mantiene á su amante. Desprecia las habillitas y cifra su orgullo en adorar con toda la energía salvaje de su corazón violento á la persona que le entró por las puertas del alma y del gusto.—La andaluza, dice que en el tomar no hay engaño y envidia á la vecina que luce las galas compradas á costa de la honra.

Mas frágil es mi paisana y se deja llevar por la corriente que le indica una comadre diestra en tercerías; pero en cambio pasa y con razon por la espuma de la gachoneria, de lo dicharachera y cariñoso. Á los mimos de una andaluza no hay hombre de carne y hueso, aunque vista saco y cilicio, que no arrie bandera y se entregue como un corderito manso; si estais sério y esjuntito llorará, gritará, os rodeará de ardientes caricias, jugará como un chico con vuestro cabello, con vuestros párpados, os hará

mil mareas imitando vuestro gesto avinagrado y al fin tendréis que soureiros ó que conmovaros, y luego... caereis en su seno seducidos con su coquetería, embriagados con el magnetismo de sus ardientes y humedecidos ojos, de su piel brnñida y sedosa, que despida lumbr eléctrica como las nubes del crepúsculo de la tarde.—La manola por el contrario es sombría en su pena y se conmueve su alma profundamente: se mostrará tan altiva si en la riña razon llevase que os maltratará en su delirio; y tan humilde y arrepentida si os ofendió que sacando del delantal rizado la navaja de golpetillo dirá abriéndola con aire resuelto y llena de ira contra sí propia.—*Toma: mítamé!*—Naturalmente quien así se espresa ha de ser mas firme en la honra, mas amiga de mantener su palabra, aunque el hombre que la posea sea indigno de guardarla.

La andaluza es una esclava de su amante: la manola una reina; pero como Isabel la Católica, suele esta trabajar para vestir á su marido; mientras que la otra se contenta á lo mas como las orientales en divertirse á su Señor.

El marido es bárbaro y las pega; pues bien, la andaluza llora, la manola riñe, si es vencida acepta el freno, pero sin humillarse como cede un soldado á un jefe bizarro, y abofatea la buena madrileña al que se atreve á propalar ó estorba que su amador la maltrate.

En una batalla de cuerpo á cuerpo la manola defiende á su amante con el valor de una amazona, tal vez apoderándose de la navaja ensangrentada que ya es inútil en la desfallecida mano de su querido: la andaluza llorosa geitando se contenta con demandar socorro y poner su pecho delante del pecho de su prenda adorada.

La manola es poco religiosa: la andaluza suele rayar en beata.

En la vida libre pronto descubren su patria la madrileña y la de tierras mas calientes. Por su belleza y desgarró, por su picante originalidad suele atraer la primera, y se distingue ademas por sus caprichos estraños, por su independencia, por su desinterés, por vivir sola, porque no accede á todas las solicitudes y en fin porque sin fingir cariño demuestra siempre que desprecia á los mismos á quien por miserable precio vende sus caricias.—La andaluza por el contrario en estos tratos es privilegiada; aparenta sentimentales amorés y despues se burla del porte y figura de su improvisado amador, tiene modos, seduce, engaña, saca cuanto puede á los mas avisados, es una vivora en la soledad del hogar y prefiere esos inmundos pupilajes de las Celestinas enriquecidas con el crimen.

En el valor tiene relevantes cualidades la manola: tenaz, vengativa, cruel, se enardece á la vista del enemigo y se embriaga viendo correr la sangre: pelea, anima con su gritos á los combatientes y acaba con los caidos y los escarnece con sus sarcasmos, paseando triunfante sus mutilados restos ó arrastrándolos á la hoguera.

En el cantar y bailar la andaluza es una sifida y una sirena; su garbo, sus quiebros, sus ojos con mas fases que la luna, con mas fuego que el lucero de la mañana son la quinta esencia de lo ramuelo y de lo rebueno. Si enarcados los brazos, voluptuosamente doblada la cabeza y los pies en alto, trenza y se columpia, parece una barquita empavesada que entra por lo mas verdicillo de la mar; si se para en tercera los golosos se acercan como á ramillete de flores y caramelos; si pasa, repasa, huye, piérdese, á una paloma se asemeja cuando revolotea alrededor de su amante. ¡Qué gorjeos y que canela en todo lo que canta acompañada por la guitarra malagueña ó el tenor gaditano! ¡Las negras tristezas y las penitilas de amores como las glosa en sus cantares, como las modula en la melancólica y oriental rondeña, en el polo, en las cañas compuestas para encarcelados, en los pe-rezjos compases del punto de la Habana ó en los salvajes gritos del Tango! ¡Cómo se mete en lo mas hondo del corazon y lo ablanda y lo baña de alimbar cuando sale por el fandanguillo de Cadiz, la alicantí-

na y otras mil tonadas amorosas y de ley!. De allí á los cielos.—En esto la manola se queda muy atrás; si canta solo es por desahogar la alegría y no para seducir á los de la fiesta; su voz ronquilla y fingida vale mas para chillar en acorde con el duro sonido que produce la pua que para tocar el corazon. En el baile tambien prefieren las de por acá las rudas ma-dauzas de los montañeses de Aragon, las brincadoras segundillas, preciándose mas de su vigor en el saltar que del señorío en el paseo, de la gallardía en los movimientos y de la gracia en el cernidillo de ca-decas.

La andaluza come poco y prefiere las ebucherías; la manola es amiga de la carne, del vino, de la rosa y del escabeche.

¿Quién al mirar los zapatos abotinados de la manola, su mantilla de terelopelo caída, forrada de duro tafetan, con avalorios y cadeneta; su pañuelo ceñido á la cintura por las puntas, sus rizos ensortijados detrás de la oreja, su pisar de balon y fuerte, su cabeza con orgullo enaltecida, su cutis fresco y esclarecido, su nariz roma, su cara redonda, sus ojos melados no asienta y testifica lo que hemos dicho sobre su carácter fiero, su franqueza, su descaro, su majeneía?—La andaluza pisa de puntilla con el menudo pie encerrado en cárcel de raso ó de *rusek*, lleva el pelo agrupado en las sienes con lo que dá mas realce á su color moreno, á su rostro ovalado; prefiere la delgada franela y las blondas para su mantilla entre cuyos pliegues se oculta con la coquetería de una morisca ó de una limeña; es mas fina de cabos, mas trigueña, mas rasgada de ojos.—La una lleva los brazos en jarres ó caidos y sueltos como quien aguarda guerra; la otra oculta sus manos entre la mantilla y el delantal. La del mediodia pone sus gustos en las flores, en el adorno de su cocina que enjabelga con esmero, en las codornices y en los gatos: la de estas tierras altas es menos frívola, si bien limpia. En fin por todas partes y en todas los accesorios se descubre que la una es de aquellas razas que vinieron á regenerar el mundo romano, mientras que la otra participa de la molleje africana, de la pereza de las Indias y sofre las influencias de un clima que al amor y no á la guerra convida... En Dios y en mi ánima que esto se remonta demasiado y que el caso y cuento crece mas de lo debido sin decir lo mas importante y de bulto: ¿Cuál de las dos heroinas vale mas? ¿Cuál merece el ramillete de la preferencia?—Seré mas justo que París; mas advierto que todo esto vá en gustos y temple de alma, para mí si he de hablar como conviene, atendido lo declarado y visto, prefiero á...

LAS DOS.

J. JIMÉNEZ-SERRANO.

## FENOMENOS PSICOLÓGICOS.

NOVELA.

I.

*Donde se verá que para hacer relaciones con una mujer no hay cosa como dejarse atropellar por su caballo.*

Era una tibia mañana del mes de Mayo; el sollo-cia deslumbrante en el azulado firmamento; ninguna nube amenazaba velar su disco; y pura y transparente la atmósfera recibia las emanaciones de las flores y de las plantas. En cada rosal se vela un capullo entreabierto; en cada capullo posábase una ligera mariposa; en cada árbol gorjeaba unruiseñor, saludando á la amiga primavera.—Sulcaban los vientos bandadas de voraces gorriones, que corrian á desvastar el arbusto apenas vestido de follage; la espiga verde aun; el fruto todavia no sazonado; mientras la tímida golondrina tendia alegremente sus alas, y se remon-taba hasta perderse en el espacio.

El único punto en las cercanías de Madrid donde se hallan flores, verdura, y pájaros, es el paseo de la

frente Castellana. Parece aquel un pequeño oasis en medio de este desierto donde se estableció la capital de las Españas; parece un Eden en miniatura, que recuerda los encantos de otros países mas felices. Así, allí van á inspirarse los pocos poetas bucólicos que han sobrevivido al escepticismo presente; los pocos amantes que aun creen en el amor; los muchos ociosos y desocupados para quienes Madrid es chico, y las patriarcales familias que se deleitan viendo correr y triscar á sus descendientes sobre esa inmensa alfombra de la tierra, tan pura, tan rica, tan espléndida.

A las nueve ó poco mas de la bella mañana de que hablamos, salia por la puerta de Recoletos un grupo de ginetes y de amazonas, sobre magníficos caballos extranjeros. Delante de todos iba una jóven pálida, morena, de espresiva fisonomía, de ojos ardientes y negros, de sonrisa burlona, de talle esbelto, que maneja su yegua con una seguridad y con una gallardía imponderables. Seguiala á corta distancia otra jóven no menos hermosa, pero de un tipo enteramente diverso: rubia, sonrosada, con ojos azules, dulces y tranquilos, de estatura pequeña, aunque de cuerpo airoso, aquella niña—porque lo era—contrastaba asimismo por su timidez virginal con el arrojado temerario de su compañera. Detrás de la primera y al lado de la segunda marchaban dos caballeros galanes y apuestos; la fisonomía del uno era grave, severa, casi austera; la del otro por el contrario revelaba uno de esos *dandys* frívolos, cuyas mas sagradas ocupaciones son dedicar tres horas al picadero, y otras tantas al tocador.

—Pero esto es insoportable! dijo la intrépida amazona que servia de guia, parando su yegua despues de una carrera rápida, y viendo que los demas se quedaban muy detrás.—¡Sofía! ¡Sofía!. Menos miedo, menos miedo, gritó dirigiéndose á su compañera; vamos, un trocete, y ven á reunirme conmigo!

Y hablando así azotaba impaciente su falda con el puño dorado de su latiguillo.

—¿Se anima V. Sofía? preguntó el mas caracterizado de los dos personajes, en tono frio pero respetuoso.

—¿No se ha de animar? repuso el otro sin aguardar la respuesta de la jóven, descargando al mismo tiempo un fuerte latigazo sobre el caballo que aquella montaba, y que irritado con el golpe comenzó á trotar ligeramente.

—¡No por Dios! ¡No por Dios! exclamó Sofía asustada y asistiendo á las crines del fogoso animal! No por Dios, ó me tiro al suelo!

—Duque, Duque, añadió el *fashionable*, dirigiéndose á su compañero, ayúdeme V. á hacerla valiente!

—Mas en vez de obedecerle el Duque, metió la espuela á su caballo, y tomando ventaja; al de Sofía, fué á detenerle poniéndose delante. La pobre niña que no cesaba de gritar, dió las gracias á su salvador con una mirada espresiva y afectuosa, diciéndole al mismo tiempo:

—Gracias, Enrique; no esperaba menos de V.!

Un relámpago de alegría brilló en el frio rostro del Duque, quien sin embargo se contentó con hacer un saludo.

—Pues señor, dijo el *dandy* confuso y despochado, puesto que VV. no quieren correr, la Condesa y yo lo haremos solos.

Y dirigiéndose á la amazona, que primero se habia reído y luego se habia impacientado con el miedo de Sofía, la gritó poniendo la mano á manera de báculo:

—Julia, espérame V. que allá voy yo!

Mientras, Sofía y el Duque seguidos de dos tres lacayos á conveniente distancia, volvian á poner sus corceles al paso.

—¿Se ha asustado V?... preguntó aquel con acento que revelaba algo mas que una mera atencion.

—¡Oh muchísimo! Julia se empeña en que yo he de ser como ella, y eso es imposible; y luego, el Baron...

—¡El Baron es un majadero! interrumpió el Duque solemnemente.

Despues de esta frase decisiva, con la cual debió

estar conforme la jóven, puesto que nada repuso, hubo algunos instantes de silencio.—Sofía fué la primera que lo rompió.

—¡Mírelos V.!, dijo señalando á la Condesa y al Baron, que reunidos ya trotaban por el camino. Ahora están en sus glorias, y no se acuerdan para nada de nosotros.

—Paguémoslos en la misma moneda, no acordándonos para nada de ellos; contestó filosóficamente el Duque.

Y de nuevo callaron los dos. Pero esta vez tambien le tocó á Sofía volver á tomar la palabra.

—Lo que yo siento, añaigó mio, exclamó, es que por mí vá V. á fastidiarse, no pudiendo seguir á Julia ni á Fernando.

—¡Fastidiarme á su lado de V.!, repuso el Duque con una viveza de que se admiró su compañera.

—¡Oh! es V. muy galante para confesarlo, añadió; y por eso tampoco me dirá que hago un ridículo papel mostrándome tan tímida y tan cobarde, en contraposición con Julia.

—¡Oh! No tome V. nunca por modelo á Julia! dijo el Duque con alguna dureza.

—¿Y porqué? ¿No la imitan todas en Madrid? No es ella Reina en la alta sociedad, donde se copian sus maneras, sus trajes, y hasta sus aficiones?

—Por lo mismo no debe V. seguir tal ejemplo.

—¿Y por qué?

—En primer lugar porque cualquiera imitacion es á mis ojos ridícula; y despues porque las mugeres deben ser como V., y no como ella es!

Al terminar Enrique estas palabras, lanzó Sofía un grito de espanto.

—¿Qué tiene V.? preguntó el Duque.

—¿No ha visto V. que no ha faltado nada para que Julia atropelle allí á un hombre, el cual ha salido milagrosamente de entre los pies de la yegua?

—¡Razon mas en que fundar mi desaprobacion!

—¡Y mire V., se rie con Fernando!

—Quiere decir que tiene lo que yo no sospechaba; esto es, mal corazón.

Contempló Sofía al Duque, sorprendida de oírle espresarse de aquel modo, á él que siempre pecaba de reservado.

—¡Muy severo está V. hoy con la Condesa! exclamó sonriéndose.

—Digo como siempre lo que siento, y sino se lo he dicho á V. antes en este particular, es porque no se ha ofrecido ocasion.

—¿Luego no es V. uno de los infinitos admiradores de Julia?

—No por cierto; soy uno de sus amigos; y el único quizás que es franco con ella.

—¿Y qué le dice V.?

—Lo que he repetido aqui ahora.

—¿Y no se ofende?

—No; se rie, contestándome: cosas del Duque!—Respuesta que se dá siempre cuando no hay otra que dar.

—Vamos, espíqueme V. lo que encuentra reprehensible en su conducta.

—Todo; así como no puedo sorportar á los hombres afeminados, no puedo sufrir á las mugeres varoniles: cada sexo tiene su carácter, sus instintos, sus atributos: querer usurpar el uno los del otro, es mas que una ridiculez, es un atentado contra el poder y la voluntad de Dios.—¿Cree V. que yo admiro á Juana de Arc, ni á Mma. Srael?—¡Nada de eso! La una bien merecida tuvo la muerte en premio de sus *hambreadas*; á la otra la hubiera hecho yo coronar primero y guillotinar despues.

Sofía dirigió una mirada indescriptible de asombro y de repugnancia al Duque; pero recordó que habia sido militar, y que en el campo de batalla desmintiera con su valor y con su clemencia la ferocidad de que entonces hacia gala. Era, pues, un hábito, y no mas, la violencia de su lenguaje y el rigorismo de sus ideas.

Callaron de nuevo los dos contendientes, tendiendo la vista por la llanura, y buscando á Julia y á Fernando, que les llevaban siempre gran ventaja. En

aquel momento entregábanse sin duda á una carrera de competencia, porque corriendo los dos á escape, emulaban en intrepidez y en firmeza. Sin embargo, Julia iba algo delante del baron, escitando á su yegua con la voz y con el látigo.

—Véala V.! dijo el Duque señalando hácia ella.— En qué se parece esa muger á las demás mugeres? Son esos los instintos que debe tener su sexo? ¿Son esos los placeres á que debe entregarse?

Pero al llegar aquí en su filosófica disertacion, interrumpióle un grito agudo lanzado por la Condesa, y al cual contestó Sofia con otro más terrible todavía, mientras muda de espanto indicaba con la mano hácia enfrente.

Entonces vió el Duque lo que causaba el terror de las dos amigas: cuando Julia estaba en lo mejor de aquella carrera diabólica, un jóven imprudente, el mismo á quien antes estuvo para atropellar—se empeñó en atravesar de un lado á otro del camino, pero con tan mala suerte, que fué á meterse entre las piernas de la yegua de Julia, á quien ésta no pudo contener bastante á tiempo para que no le derribara en tierra, bañándole el rostro en sangre.—A pesar de lo que decía el Duque poco antes, la Condesa demostró en aquel instante que era muger, porque se puso pálida como la cera, y se dejó caer en el suelo medio desmayada. Sofia por el contrario se olvidó de su timidez, y voló á socorrer al herido.—Era este un caballero de distinguida figura y elegante porte, que podria tener á lo sumo veintidos años, y que no obstante, en su bella fisonomía llevaba ya el sello de ardientes é impetuosas pasiones. Había perdido el conocimiento con la violencia del golpe; pero por un fenómeno que nadie dejó de observar, su semblante en vez de revelar dolor, expresaba la mas cándida alegría.

Cuando Sofia le vió, lanzó una exclamacion de sorpresa.

—¿Le conoce V. acaso? preguntó el Duque, único de los personajes que habia conservado su calma.

—Sí, mucho... repuso la niña ruborizándose; quiero decir, un poco.

Enrique clavó sus penetrantes ojos en Sofia, y halló en su rostro la misma emocion que habia encontrado en su acento.

Los lacayos, lejanos espectadores de la catástrofe, llegaron á la sazón, apresurándose á prodigar sus cuidados á la Condesa y al desconocido. Uno de ellos empapó un pañuelo en agua y lavó la herida de aquel, que al punto vendó Sofia con esmero. Casi al acabar esta sencilla operacion, abrió los ojos el jóven, y al sentir el contacto de los puros dedos de la niña, estremeciése primero, y exhaló luego un suspiro de felicidad y júbilo; pero levantando en seguida la cabeza, buscó con afán á Julia, arrodillada algo mas lejos, y la envió una plácida sonrisa.

—Ah! perdóneme V. caballero, dijo la Condesa aproximándose. Mi yegua iba tan de prisa, y yo....

—Gracias, señora, gracias, murmuró el desconocido débilmente; y volviendo á desmayarse de nuevo.

Miráronse sorprendidos los circunstantes, no sabiendo de que suerte calificar las palabras de tan extraño individuo. Mas como era mozo y hermoso, como su traje revelaba la clase á que pertenecía, y como aceptaba con tanta dulzura y resignacion su infortunio—todos, la condesa y Sofia principalmente—se sintieron conmovidos, é interesados en favor suyo.

—Es menester conducirlo á su casa, y buscar un médico al momento; dijo el Duque con aspereza para disimular su emocion.

—¿Su casa? ¿V. cómo hemos de saberla? preguntó Fernando.

—Muy fácilmente: sin duda traerá algun papel encima, ó tarjetas que revelen quien es. Mírela V., mírela V. presto, añadió el Duque con tono imperioso.

Pero en balde buscó el dandy en todos los bolsillos del vestido, pues no encontró nada que pudiese darle luz.

—¿Qué haremos? dijo Julia mas disgustada ya que aflida de semejante contratiempo.

—Señora mia, contestó bruscamente el Duque, justo

es que V. sola sufra las consecuencias de sus locuras. No hemos de enviar á este pobre jóven al hospital, ni entregarle al primero que se presente. Así, V. que es viuda, puede acogerle en su casa sin escándalo... y tiene ademas el deber de hacerlo como causante de su desgracia.

—Pero Duque!... exclamó Julia vivamente.

—Condesa, interrumpió aquel con enojo, ¿querrá V. que entre sus malas cualidades cuente tambien la de mal corazon?

El acuto duro y seco del Duque, la expresion grave y austera de su rostro, imposieron sin duda á la Condesa, porque no se atrevió á replicar palabra, é hizo señas á uno de los criados para que se adelantase el coche que los habia seguido á corta distancia. En él colocaron cuidadosamente al desconocido, y á poco todos se dirigieron hácia Madrid, no alegres y bulliciosos como salieran, sino tristes, silenciosos, y pensativos. El baron mismo callaba, sin atreverse á lanzar ni una de sus insolentes chanzonetas.

De este modo atravesaron las calles de la corte, y llegaron á la puerta de la casa de Julia. Aun la animaba á esta la esperanza de que en el tránsito habria recobrado el conocimiento su victima; mas por el contrario, la sangre restañada un instante, habia vuelto á correr sobre el pálido y bello rostro del jóven, inmóvil y frio como una estatua.

Un cuarto de hora despues hallábase aquel acostado en un rico lecho, en el mejor aposento de la Condesa; un cirujano examinaba la herida, que era profunda pero no grave, mientras Julia y Sofia le auxiliaban en la operacion teniendo en la mano una cajita llena de hilas y de vendas.—Abrió entonces los ojos el desconocido; miró en derredor con asombro, y viendo á las dos mugeres, animóse su semblante con un relámpago de alegría. Quiso incorporarse ligeramente; pero le faltaron las fuerzas; y tornó á dejar caer la cabeza sobre la almohada, exclamando:

—¿Cómo Antony! ¿Como Antony!

Sofia y Julia trocaron una mirada, que equivalía á decir:

—¡Pobre jóven! Está delirando.

RAMON DE NAVARRETE.

### GEROGLIFICO.



Ilustracion de Federico y ediciones de los años 1848.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. En 180 33.—Librerías de Pereda, Cuevas, Moliner, Mateo, Jarnachon, Gaspar y Boig, Barrio, Poupart, Villa y la Publicidad, Ogrilla del Pasaje del Iris y de S. Felipe fern.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correo (sinos de posta), á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de las Comendadoras, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ